El Eco de Cartagena

Año XXXII DECANO DE LA PRENSA LOCAL Núm. 9123

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas. Tres meses, 6 id.—***Provincias.***—Tres meses, 7'50 id.—***Extranjero.***—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.° y 16 de cada mes.—La correspondencia se dirigirá al Administrador.

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en **Paris**, A. Lorette rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31, y en Lóndres. Agencia General Española, 6, Great Winchester, Street

LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, CALLE MAYOR 24.

MARTES 29 DE MARZO DE 1892

LA ESCALA DE RESERVA EN MARINA.

Esta Escala, cuyos individuos desempeñan en tierra los destinos que reglamentariamente les están asignados, se nutre con los Jefes y oficiales que á ella pasan por su voluntad ó por carecer de la aptitud ó vigor físico necesario para continuar en el servicio de mar; con los oficiales graduados que ingresaron en la propia Escala y con Pilotos particulares y oficiales graduados que procedan de los cuerpos subalternos á quienes se conceden destinos, pero sin derecho á ingresar en aquella.

El calificativo de *Reserva*, no significa, como parece, que dentro de esta Escala se presta un servicio que no es activo, sino que se usa para indicar que ese servicio es otro distinto al de mar; es decir que los Jefes y oficiales de la Escala de reserva ni *embarcan*, ni ascienden hoy por antigüedad; más como también tienen derecho á ingresar en ella, Jefes y oficiales de cuerpos llamados militares, pero que ni aquí ni en la Escala activa embarcan tampoco, resulta un verdadero lío en el momento en que cualquiera que no se halle penetrado de lo que son las *cosas de Marina*, pretende formar conciencia de lo que es y significa esta famosa *Escala de reserva*.

El Real Decreto de 27 de Noviembre de 1867, determinó su extinción prohibiendo el ingreso en lo sucesivo á los Jefes y oficiales de la Armada y á los Pilotos particulares, proponiéndose con ello obtener el que solo hubiese en la Armada una sola Escala, la activa.

Pero como lo bueno dura poco, el 14 de Septiembre de 1869, se publicó otro Decreto aprobando un nuevo «Reglamento para el ingreso, ascensos y retiros de la Escala de reserva del Cuerpo General de la Armada,» escala en la que luego se concedió entrada á los Jefes y oficiales de Infantería de Marina y después se amplió á los de los demás cuerpos militares; y aunque la Ley de 1878 prohibe el ascenso á los que quisieran variar de escala, respetó el derecho de los que con anterioridad habían ingresado en ella.

Y mientras esta Escala crece y crece cada día más sobre todo en las clases de oficiales subalternos y graduados, que no pueden tener otro carácter sino el de empleados *eventuales*... existe notable excedencia en la Escala activa y los Tenientes y Alféreces de Navío, que pertenecen á cuerpos militares *permanentes*, se encuentran amenazados de ser reducidas sus respectivas plantillas, caso de llevarse á efecto las economías anunciadas en el personal.

¿Sería justo semejante proceder?

El Reglamento de 1869 manda que los destinos asignados á la Escala de reserva, se desempeñen en primer término por Jefes y oficiales pertenecientes á la misma, después en comisión, por los de la Escala activa y á falta de todos estos por pilotos particulares, contramaestres, etc. Más no se hace ni se hizo así, y sería cosa de ver, aunque por su enormidad no lo esperamos, que por virtud de aquellas economías se redujeran como se ha dicho, las plantillas de la escala activa, especialmente las de Tenientes y Alféreces de Navío y en el interin continuasen en sus puestos los oficiales subalternos y graduados, ocupando unos destinos que mientras haya excedentes en la repetida escala activa, les corresponden á estos en justicia.

Si todos, absolutamente todos los destinos de tierra, estuvieran asignados á la Escala de reserva, aun podría quizás justificarse su existencia, en contraposición á la llamada por prestar sus individuos el más penoso servicio de mar. Pero cuando no sucede así, cuando hay destinos de tierra y mandos que por reglamento corresponde á Jefes y oficiales de dicha escala activa, hallándose mezclados en una misma dependencia individuos procedentes de una y otra escala para el desempeño de iguales funciones, es un absurdo el sostenimiento de aquella división de escalas que da como resultado el perjudicar tan solo á los de la escala activa.

Y si el Ministro de Marina medita sobre ello, habrá de convencerse de la razón que á estos asiste y de la necesidad de que extinguiendo en absoluto la de reserva, haya solo en la Armada una sola Escala, con la que podría y debería atenderse á todos los destinos de mandos de tierra y de mar; y con no conceder el ascenso á los verdaderamente impedidos de prestar este último servicio, sino en cuanto reunieran determinadas condiciones previamente señaladas, estaba el asunto arreglado.

Y tanto más se impone la supresión de la Escala de reserva, cuanto que habiéndose creado en Guerra, si bien con distinto objeto, surgen confusiones que también perjudican á la de Marina, como prácticamente se ha visto ya en más de una ocasión.

CORREO DE SEÑORAS

EL NIDO.

Para que los pajarillos vuelvan voluntariamente al nido, después de haber volado algún tiempo á su alrededor, es preciso que el nido sea dulce, blando y esté caliente por el amor de sus padres.

Para que el padre vuelva apresuradamente hay que tenerle una agradable acogida, tiene que pensar que encontrará la saludable cena después de la lucha de todo el día.

En medio de las horas de devorante actividad el «home» apacible debe sonreirle de lejos.

Cuando las preocupaciones y las dificultades de la vida asombran su alma, el recuerdo de la agradable casa debe iluminar su espíritu, como un rayo de sol atraviesa la nube.

Y cuando regresa fatigado hacia el hogar querido, es la tranquila luz de la lámpara de familia que ilumina el negro camino. Sabe que todo le espera, que todo está listo, que van á poder descansar sus miembros y espíritu fatigados. Hambriento, encontrará una cena preparada con amor. Helado, se calentará ante un fuego cuidadosamente entretenido para reanimar su cuerpo yerto. Triste, será consolado; descorazonado será animado y confortado.

Una hada bienhechora le hará olvidar todo: disgustos, revolverse contra el destino, cólera, rabia; desde el umbral al hogar bien amado, una paz deliciosa entrará en su corazón.

La compañera está allí, sonriente, rodeada de los hijos, dispuestos á rodear con sus brazos el cuello del recién llegado.

Están vestidos con sencillez tal vez, pero en esta elegancia tan propia en esta disposición graciosa de los trages de la madre y de los hijos, se siente el legítimo deseo de agradar al que llega.

¿Quién encontrará la casa modesta, si brilla con el gran lujo que procura la limpieza, el orden y los cuidados incesantes?

El corazón del padre que ha podido sufrir durante el día, se inunda de dicha á la entrada de este nido apacible y cariñoso.

He aquí lo que puede el poderoso amor de la mujer, ser débil, su amor generoso, agradecido.

Y en esta casa, donde cada uno vive enteramente para los otros, se instruyen por la gran lección del ejemplo, las mujeres fuertes y los hombres de corazón animoso.

Los amigos acogidos en este hogar llevan como un rayo y reciben una enseñanza. Sus resplandores penetran las almas ennegrecidas, alma de paso, alma de mendigo, alma de servidor.

El más humilde hogar puede resplandecer así si reina el amor, si la joven esposa no sabe, si ama el trabajo, si la naturaleza y la educación la ha dotado solamente del don inextimable, que llama espíritu de desdén y de economía, y mejor si posee un poco «savoir faiere».

No es menester más que sea amante y llena de buena voluntad y en poco tiempo se pondrá á la altura de su misión.»

TRAJES CLAROS

La muselina de lana, la batista de seda, los crespones serán las telas preferidas para las reuniones de confianza cuando empiecen los primeros calores; designaremos un modelo.

1.° Traje de muselina de lana ó fular fondo claro con flores ó sembrado de cintas, lazos Luis XV, etc. Falda neagada y adornada en el bajo con dos volantitos «badinés» en la pegadura, cuerpo cortado al vies y cortado por una cinta número 12, que partiendo de debajo del brazo izquierdo y atravesando el cuerpo va á morir en un cinturón de la misma cinta con lazadas y largas puntas por detrás. Chorrera de guipure y mangas «drapus» con lazos de cinta y encajes por cima del antebrazo.

RECETA DE LA SEMANA.

Crema pralinée.—En un molde cualquiera se tuesta azúcar hasta que esté muy oscura y esta azúcar sirve para darle color á la leche, la cual se hace hervir veinte minutos con pedacitos de almendra tostada. Se perfuma con vainilla y se le echa azúcar al gusto, se le echan unas yemas de huevo y se le espesa como todas las cremas, cuidando que no se corte.

MARIA.

VARIEDADES

COLABORACIÓN INÉDITA

MULETILLA

Como el senador romano de quien refieren las historias que terminaba todos sus discursos con la frase: *Delenda est Carthago*, así nuestros literatos, sobre todo cuando pertenezcan al orden de los *críticos* al *pormenor*, no saben escribir tres líneas sin sacar á colección *la decadencia de nuestro teatro.*

Por supuesto que de esta decadencia se ha hablado siempre: de manera que es maravilloso en realidad que aun exista el teatro después de estar decayendo y decayendo tantos años.

Cuando aun escribía Tamayo, cuando Adelardo Ayala, hacía aplaudir «El Tejado de Vidrio» y Manuel Tamayo obtenía un triunfo con «La Bola de Nieve»—

so. Sentía una emoción indescriptible, y el Teniente por muy acorazado que estuviera contra la sensibilidad, hablaba con la voz un poco alterada.

—René, dijo, dejadme pediros el último favor.

—Cuál?

—Puesto que no debemos vernos más en este mundo, puesto que decididamente todo ha concluido entre nosotros, sin remedio, dadme permiso para ver por última vez á vuestra hermana. Ella no se enterará de nada; me encontrará en el muelle como por casualidad cuando os embarqueis, y no podrá notar mi presencia entre la multitud. No es verdad que no me negareis este último consuelo?

—Pobre muchacho! pensó M. de Maugis. Y añadió en alta voz: Pero por qué diablo habré venido yo á Italia?

—Hasta mañana? preguntó Della Porta reiterando su petición.

—Hasta mañana.

Los dos jóvenes se separaron. El banquero volvió á su casa, abrumado por los golpes del destino. Se negó en absoluto á ver á Mariuccia, que recluida en sus habitaciones le mandó tres criados encargados de negociaciones diplomáticas. A estas proposiciones conyugales, Della Porta solo contestó con imprecaciones capaces de hacer temblar la tierra: estaba al mismo tiempo furioso y desolado. Se le oyó muchas veces durante la

—Dispensad, dijo el banquero.

—Cómo? alguna observación? preguntó Dom Luigi.

—Sí, una observación muy importante. Efectivamente no soy... lo que decíais hace un momento, pero lo he sido señor cura ay! sí.

El párroco de San Gennaro sintió un extremecimiento de horror.

—Lo he sido sin querer, y sin que fuera culpa mía, os lo aseguro. No siempre se sigue el camino que se ha escogido: el mundo está lleno de personas que se creen poetas, y acaban por meterse en el pellejo de un boticario ó de un alguacil. Casi todas las vocaciones se ven contrariadas; la mía no era de casarme con Mariuccia, y sin embargo, afirmais que mi matrimonio es válido.

—Ciertamente, si..... lo afirmo de nuevo, balbuceó Dom Luigi, apartándose de su interlocutor. Pero hémos aquí, gracias á vuestras revelaciones, en una situación terrible.

Leonardo estaba radiante.

—Ah! creen que Leonardo divaga, que tiene alucinaciones, caprichos! y luego llega un día en que se descubre todo, y Leonardo no es ya tan insensato como se suponía, y hasta pasa por hombre perspicaz, por adivino.

El sacristán ya no temblaba: la satisfacción de haber acertado, se sobreponía al temor. Se sonreía y miraba á Dom Luigi con aire burlón.

XXII

René de Maugis puso fin á esta escena, cojiendo á Della Porta, y llevándolo á la habitación inmediata. Allí le habló poco más ó menos en estos términos:

—Ya podeis apreciar, mi querido amigo, toda la extensión de vuestra desgracia, que no tiene remedio. La iglesia y la ley, están contra vos, contra Valentina y contra mí, que os lo repito, nada me hubiera agradado tanto, como poderos dar el dulce nombre de hermano. Tomemos nuestro partido como personas de valor, Della Porta. Afrontemos la adversidad, y no nos dejemos abatir por ella. Desde ahora, vos mismo lo comprendeis, el puesto de mi hermana no está aquí; un vapor de la compañía Varlery, nos conducirá mañana á Marsella.

Domenico escuchó en silencio este razonable discur-